

LA LIBERTAD CÁTOLICA.

CONCEPCIÓN, OCTUBRE 21 DE 1879.

EL DEBER DE LOS QUE NOS QUEDAMOS.

En vista del jiro de los sucesos de la guerra, no es aventurado asegurar que se acerca el momento del gran desenlace, o sea de un formidable combate entre los ejércitos beligerantes. Chile, gracias al cielo, tiene ya adelantada la mitad del camino que conduce a la victoria, con haberse enseñoreado del mar; pero aun queda que recorrer otra parte, que no es por cierto la menos escabrosa, para llegar al triunfo final.

El deber de nuestro ejército i el de los directores de la Guerra es demasiado claro i comprendido por todos. Esperamos que lo habrán de cumplir como leales i valientes. Pero cuál es el deber de los que nos quedan? ¿gestará reduciendo nuestro papel a alimentar el patriotismo con las noticias que van i vienen, i a esperar otras nuevas con angustiosa inquietud? Tristísima sería nuestra condicion, si a tan vergonzosa inacción estuviésemos condenados.

Los hombres en estado de tomar las armas deben continuar disciplinándose i adiestrándose, los agricultores trabajando en sus faenas para preparar la verdadera fuente de riqueza para la patria, las matronas i señoritas ocupándose, como hasta hoy, en obras de caridad i beneficencia i en arbitrar fondos para socorrer a las víctimas de la guerra, i todos, si todos, debemos orar con fervor para que el Dios del os Ejércitos nos conceda la victoria.

En los momentos solemnes i angustiosos el alma siente sin saberlo una atracción irresistible hácia las rejiones elevadas i superiores. Hasta el pagano que adora la naturaleza, hasta el materialista que no quiere creer en la existencia del espíritu, invocan en estos casos al Jeno de la Guerra, al Dios de la Victoria. Ese jeno i ese dios no existen, pues no hai otro verdadero que el Dios de los cristianos. A Este es al que debemos invocar en los momentos presentes, si no queremos olvidar nuestra fé religiosa i hasta los instintos de nuestra naturaleza.

Cuando en los áridos desiertos del Africa se encuentra una manada de tigres con una familia de leones hai un tremendo choque, i una de las familias será forzosamente exterminada por la otra. La destruccion i la muerte son los únicos ajentes de tan espantoso cuadro.

Cuando dos ejércitos se chocan en un campo de batalla no van, no, a aniquilarse sino solamente a vencerse: si en medio del fragor del combate i entre la sangre i los horrores de la muerte se escucha la voz de rendicion, cesa el estrago i se convierte en prisionero i hermano el que minutos ántos era el blanco de las armas de muerte.

Es la razon i sobre todo la religion que forman esa diferencia entre las batallas del hombre i las peleas del tigre, pues que los pueblos salvajes i bárbaros combaten como las fieras i no se sacian sino cuando se han destruido por completo.

La humanidad es deudora al cristianismo de las mitigaciones intrínsecas en la terrible lei de la guerra. Al cristianismo se debe tambien la consoladora doctrina de que los que nos quedamos en nuestras casas podemos ayudar muy eficazmente a nuestros hermanos guerreros por medio de la oración.

Cuando de todos los ámbitos de un pais suben al cielo oraciones fervientes que nacen de conciencias limpias i de corazones purificados, el brazo de los soldados cobra invencibles bríos i la victoria corona de ordinario las sienas de sus combatientes. Tal es la doctrina

católica que debemos tener muy presente en los momentos que corren. Oremos, pues, por nuestros guerreros para que obtengan la victoria, i oremos tambien para que las bendiciones del cielo bajen sobre las mieses de nuestros campos i sobre todos los habitantes de este suelo de Chile.

ACTO LITERARIO DE LA ACADEMIA DE SANTA TERESA.

(Continuacion.) EL JESUITA INDIANIZADO I MARIANO.

Mirad: allí una madre reñida entre sus brazos a un hijo idolatrado, por la postrera vez, ¿adónde tiene ese jóven? ¿porqué los brazos (brazos) con que lo liga el Cielo se atreven así a romper.

Dejadlo: es un guerrero, que se enrolarse en el Bijo al peñon augusto que ostenta el Redon (tor.) Nada su arrostro i su garza, porque la fé le anima (alma) Los sig al fin en la «Dij» gloria de Dios.

Discipulo de Ignacio, tendré por patria al mundo Por herencia la fé que inspira la Virtud. Por armas las palabras de fé i amor profundo Por premio la corona del Mártir de la Cruz.

Apóstol venerando, de celo el alma llena, Los montes no arredran ni el proceso mar: El cruzado del Africa la abrazadora arena Al parque de Laponia la nieve glacial.

De la virjin Andrica las solvas seculares Venaledo con asombro i al fin suspicaz Con la cruz i el breviario, por sus labios sacras, Cual enviado del Cielo, tranquilo penetrar.

Mas qué! (No ois al léjos sonar del moribundo) En medio sus suspiros la entrecortada voz, i enredado en su pecho con padecer profunjo, Cual un adios postrero, ya el fúnebra estor- (tor....)

Tambien allí se encuentra cual Iris de esperanza) Ese hombre que en quien sufre reconoces a (Jesus) El habla, i en sus brazos encuentra la esperanza (anza) El moribundo i baja contento al atahud.

Mirad: en su ceno fango raudaloso asqueroso La que brillar debiera cual anjel del pudor i aun allí se muestra la figura radiosa De aquel que anda en su alma tan solo sacro amor.)

Inocente palomilla volaba extraviada Ballando por doquiera diletivo de maldad, i del escudelar anacuto, de sí queda espantada i el árcs se recoge do alivio encuentra i paz.

Mas qué! ¿tan solo al victo i a la barbare (insana) ¡Acude el Jesuita i el misero dolor? Ah vol que al hombre guía desde su edad (temprana) Las mente ilumina desde el primer albor.

Discipulos de Ignacio, maestros beneméritos Que en un alma inocentista la ciencia (ciencia) Dejad que en débil canto pregona vuestros (virtudes) Dejad al mundo que habite mi ardiente gratitud.)

Con celo infatigable, con fervido cariso El jérmán de la ciencia suavis inocular; i goza entre vosotros el inocente niño, Porque halla a vuestro lado taruira paternal.

Da opaca venda libre, el cándido destello De tierra intajancia despietosa vivaz; i aprende de vosotros a amar lo grande i bello (bello) i a alimentar su mente con rayos de verdad.

I aquece tierno niño, soldado de mas tarde, Que en las cristianas filas un puesto ha de ocupar.) Aprende de vosotros a no cejar cobardes, i de la fé en la llama su pecho, a retempliar.

Mas ¡ah! llega el momento de triste despo (dida.) Les ay forzosos daros, oh padres, el Adios.... ¡Adios! dice el alumno con voz entorpecida, «Vuestros moradas dejo, vuestra enseñanza (do.)»

«Vosotros me sacasteis de en medio la igno (raucia) «Distante de mis padres aqui los encuentro; «Por eso de vosotros, no digo sin jactancia, «En mi alma un fiel recuerdo por siempre lle- (vare)

«Adios, jóven querido,» contesta un noble (anciano); «Escucha mis lecciones por la postrera vez; «En medio de ese mundo doado hai partes (diano) «Talvez ellas te sirvan de norma i de sosten.

«Hon ad...» Jamás manchó las la- (cias) «Con perla maliciosa, con baja adulacion; «Aunque arrostrar: dolerías de fuerte los (agravios) «Conserva, ante sus iras, incómoda la honor. «Cegante, no acobardes, ante esa turba ne- (cia) «Que llega en su delirio a blasfemar de Dios; «El ali lo fé fagueo, que en la tormenta recia «En medio de las nubes es bello ver al Sol.

«Alfombré, por tí, si un día turbárase tu calma «Al grito misterioso de ferrenal amor «No olvides que la imagen de Dios eres, i tu (alma) ««Llévate a Quicoa dar puede la paz del corazón.»

«Adios, jóven querido; recuerda mi consejo; «Yo en tanto mis plegarias elevad por tí; «Al en medio las afanes no olvidas a este viejo «Que goza de antemano, soñándolo feliz.»

Es ese el Jesuita, que estúpido deprime Aquel que por doquiera comente a la virtud. Tal la vitora sacupa la planta que la oprime Un paga con veneno deudas de gratitud.

Mas ¡oh recuerdo! ¿taustol la historia sig- (na un día) En que a la voz del Mio, Clemente al fin casto i a sus mas caros hijos al sacrificio envía, Como a inocente Isaac el justo Abraham lle- (vo)....

Cerrados los hogares, vedadas las riberas Del Cisma solamente lograron compiscon... Dantel, el inocente lanzado entre las llamas, Tambien de hambrientos leones respeto me (recio)

Mas, pronto a la tormenta sucede la bo- (nanza.) Un canto de victoria al grito del dolor; La victima por eso sonre a la esperanza, Al resonar el fat del gran Restaurador.

III. Coje! vuestro estandarte, valientes lidia- (dores) De nuevo id al combate, de nuevo id a (luchar); Es cierto que a vosotros no alcanzan los ho- (moras) «Es cierto que el esgarito, cual sombra vue- (tra va);

«Que importa! los que befan vuestra hon- (ra tomaculada) Son solo los que tienen de fango el corazón; «Si en ellos de vialosemos lejon desvergonzado, «Su oílos los que ¡infame! llamaron aun a (Dios).

«Que importa que os denigren! La voz de (la conciencia) De nuevo os dará bríos; os gritará: «Valor.» El Mártir del Calvario, perdiendo su existen- (cia), Bendijo a los que sufren i sublimó el dolor. Octubre 13 del 79.

MISER. ANTEZ PARRÓ.

EL SEMINARIO.

Siempre ha sido cosa de gran importancia la educacion de la juventud. I en verdad, de ella depende i ha dependido siempre el progreso o decadencia de las naciones, porque de dia han de salir los pilotos que dirijan desiertos el timon de los pueblos.

Varias han sido hasta aqui las instituciones que se han dedicado a la noble tarea de educar a la juventud; i, aunque todas han sido llevadas por un móvil noble i elevado en sí, único i verdadero fin de dirigir a la sociedad por el camino del bien i de la verdad.

Los Seminarios católicos son, como lo muestra la experiencia, en los que cumplen mejor con las rogias mas puras de la moral: los que dirijen al hombre en sus primeros años por el camino de la inocencia. Ellos por medio de sus santas i sublimes doctrinas, impiden que las tempestades del mundo se desacecalen con impetu tan furioso sobre el hermosísimo jardín de la pureza i que arraque de sus tallos a estas celestiales flores.

¿Qué me dirás. ¿Por ventura, el hombre en esa edad de oro, en esa república ideal que se pintaba, no sufria, no experimentaba las se-fucciones de Satan?

Lejos de mí, señores. Lan orrúnea asercion. Lo que he dicho es, que por ella es donde se encuentran los corazones fuertes i reina la magnanimidad. Ataque, pues, el enemigo; rompa sus fuegos, i ellos enarbolarán la bandera del Calvario i a su sombra pelearán....

De los Seminarios salen los mas tenaces defensores de la patria; porque se les ha dado como modelo a los mas grandes de los patriotas; al mas valeroso de los soldados; al mas puntaje de los jenerales; al mas fiel ejecutor de los oráculos divinos: Júlías Macabeo.

De los Seminarios salen los discipulos predilectos de Aquel que murió en la Cruz, contra quienes parecen que el mundo hubiese hecho alianza con los monstruos infernales, para ir a azotar su rabia, como las furiosas olas del mar contra las montañas de granito.

«¡Cuántas veces, vos llamo. Señor, lo habéis os armentado! ¡Cuántas veces habéis derramado lágrimas al ver que el camino de la paz de la fraternidad es despreciado! ¡Cuántas veces habréis tenido que llorar al oír los lamentos de los que cayeron al precipicio, sin haber sido posible que vuestra paternal solicitud los desviase de él; ¡por qué despreciado vuestras Júlías amonestaciones, porque no habéis admitido el ósculo de paz con que queriais atraerlos al seno de la concordia!....

Me acuerdo señores... haber pasado un tiempo en el delicioso lugar de un Seminario. Sus moradores no eran gobernados por otras leyes que aquellas que se derivan del vínculo santo que une a los hombres con su Criador. No se conocia otro imperio que el de Dios, ni mas consejero que la Caridad, ni mas guia que la Justicia: en todas partes reina la inocencia con su celestial encanto. ¡Qué delicias, señores se gustan en estas rejiones.... Siempre he exclamado con algunos compañeros de mi infancia; ¡qué dulzuras i qué tranquilidad reinó en nuestros corazones en aquellos felices tiempos!

Acaso, señores, he dado demasiado expansion a mis sentimientos; acaso sea el corazón el que habla mas bien que el entendimiento, dispusidme, señores, i me permitiréis que siga fatigado, vuestra atencion transportandome a la Francia, para que allí veais en toda su amplitud i desnudas estas verdades que os digo.

«¿Veis las tiránicas leyes Ferry que quieren absorberlo todo? ¿Veis a ciertos gobernantes, que se dicen amigos de la libertad, favorecer esas leyes que no quieren instruccion religiosa, i piden, en consecuencia, la supresion de los Seminarios? ¡Pobro Francia! ¿qué abismo vas a caer, despues de haberlo elevado a tanta altura! La supresion de los Seminarios significa para tí, la decadencia, la destruccion, la ruina. Contra tí se volverán los vaticios de los profetas i otro Jereías dirá, mirando tus ruinas: ¿cómo ha caído la República que se levantó a majestuosa i parecía la reina de la Europa?!

La Alemania tambien es presa de mortales angustias, porque sus entrañas están despedazadas por las desgarradoras cuchilladas del Socialismo. Ella ha negado a los cojejos católicos la caridad ciudadana, considerandolos como extranjeros indignos de hospitalidad. ¿Podrá decirse, señores, que los gobernantes que tal hacen, trabajan por márselos padres de su patria? ¿Podrá llamarse a esos padres, señores, que aquellos que han recibido una instruccion mas sólidamente religiosa, han sido los que, en todas las circunstancias de la vida, han cumplido mejor sus deberes: han sido los mejores ciudadanos; los mas denodados en las batallas del bien. Los políticos, los hombres de estado i los gobernantes, que son, por su situacion especial, los que mejor han conocido, o por lo ménos, los que mejor deben conocer esta verdad, han sido casi siempre, i muy especialmente en estos calamitosos tiempos, los que mas la han ignorado? ¿Digo mal: los que mas culpablemente la han despreciado. Los llamados, señores, a hacer la paz i las bendiciones del cielo sobre la tierra ¡trajan las maldiciones! Los encargados de los órdenes de Dios ¿cómo las cumplen!

No quiero decir con esto, señores, que la educacion de la juventud en los Seminarios, sea el único remedio contra tantos males; pero sí, digo, que sería uno de los mas eficaces i seguros. La Francia no marcharía con paso tan agitado hacia la perdicion, si no mirase con un desprecio tan cínico a esta clase de establecimientos, cuya ayuda habia ineficazmente no se pondaría nunca lo bastante.

La Alemania no se encontraría ni en su estado económico ni en su estado moral tan desorganizado, si no hubiese ampujado con su sacrilegio tiránico los que le preparaban a una juventud alimentada de doctrinas sublimes beídas en las aguas puras de los Seminarios.

En fin, señores, ¿qué repetiros cosas que vosotros apreciaréis mejor que yo? Más me, por cierto, habría que decir sobre tan fecundo tema; conozco mi insuficuencia i como mucho haber molestado vuestra atencion con frases i reflexiones mal traídas i que solo el talento habria podido evitar. Mas, me permitiréis que antes de concluir, salude i dirija mis últimas palabras a esos semidiosos de la virtud, a esos hogares en que habita la paz.

Si, dulce asilo de mi infancia, yo te saludo! Solo en tí se encuentran la verdadera paz i tranquilidad del corazón! Quiera el cielo que el mundo desengañado se prostorne a tus pies i diga: Verdaderamente, aquí reina el Espíritu del Bien i me cobijare bajo sus alas.

JOAQUIN GONZALEZ V. Octubre 13 de 1879.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

«¡Qué hermosa idea refoja Una mujer virtuosa, Que el mundo i sus pompas deja Por consolar amorosa Del pobre la triste quejal!

«¡Veis, eso es lo poco sayal, La humilde toca ceñida,